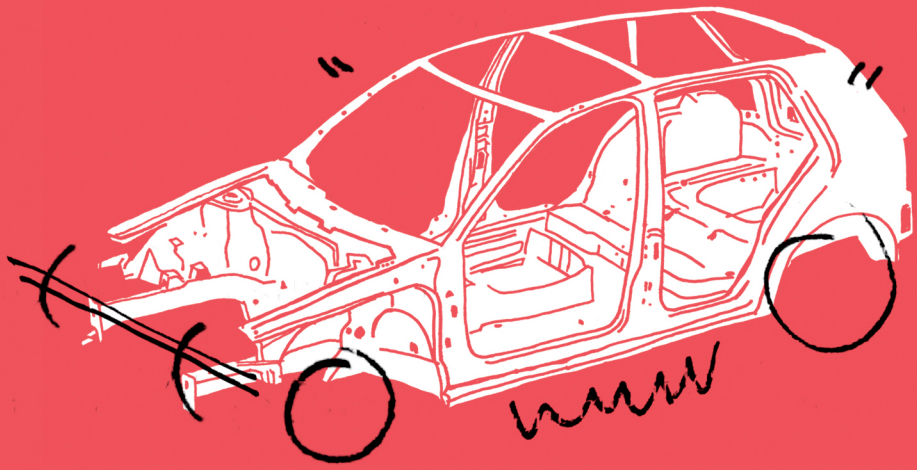
ÓPTICA SANGUÍNEA

DANIELA BOJÓRQUEZ VÉRTIZ



TUMBONA EDICIONES

ÓPTICA SANGUÍNEA

Óptica sanguínea
Primera edición, 2014

creative commons

Este libro se realizó en parte gracias a que la autora obtuvo una beca del Programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes FONCA, en su emisión 2012-2013 / Primer Periodo.

Coedición: Tumbona Ediciones /
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes -
Dirección General de Publicaciones

D.R. © Textos e imágenes: Daniela Bojórquez Vértiz, 2014
D.R. © Diseño de colección y portada: Éramos Tantos

D.R. © Tumbona Ediciones S.C. de R.L. de C.V., 2014
Progreso 207-201, Col. Escandón
México D.F., 11800
www.tumbonaediciones.com
Twitter: @tumbonalibros

D.R. © 2014, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Publicaciones
Avenida Paseo de la Reforma 175, Col. Cuauhtémoc
C.P. 06500, México, D.F.
www.conaculta.gob.mx

ISBN: 978-607-516-839-5 (Conaculta)
ISBN: 978-607-7534-52-5 (Tumbona Ediciones)

Este libro puede ser fotocopiado, reproducido total y parcialmente, por cualquier medio o método, siempre y cuando no se haga con fines comerciales, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

ÓPTICA SANGUÍNEA

DANIELA BOJÓRQUEZ VÉRTIZ

CONACULTA
Dirección General
De Publicaciones

TUMBONA
EDICIONES

[El del viaje al pasado]

Desperté con dolor de muelas. Lo primero que registró mi vista fue la imagen de la casa de mi infancia; el ensueño la mostraba en blanco y negro ya amarillento. Tenía incluso un marco de madera. Ahí estaba la imagen de la torreta, que no la torreta misma (redonda, de vidrios opacos, con sus números de la avenida 1,0,2,0 en caracteres *decó*), el par de árboles de trueno florecidos frente a la reja. El dolor de muelas me regresaba a la *realidad* de esta ventana que amanecía, aunque el sol más alto en la casa de mi infancia acariciaba las piedras en el pasillo de la entrada y penetraba a este mismo día: una mañana común, como el presente suele aparentar, cuyos únicos cambios consistían en el recuerdo particular de la fachada (que hoy había tomado la forma de una fotografía) y en mi nuevo estado físico con dolor de muelas.

No pude dormir más. La luz del otro lado de la realidad y quizá alguna nostalgia activaban mi melatonina. Había una sensación de incomodidad, muy separada del dolor de muelas, un algonoestábienaquí que no me permitía concentrarme en lo tangible, ni en el fenómeno que me regresaba a la casa que perdí una tarde de otoño, hace ya más de dos décadas. Me inquietaba, sobre todo,

el hecho de no recordar la casa, sino *una fotografía de su fachada.*

Luz: amarilla (¿viento frío?) mientras el sol se perdía entre los edificios de esa colonia que en aquel tiempo ya estaba por convertirse en un barrio concurrido, con mucho tráfico de autos y peatones. Los truenos de la entrada soltaban semillas cada vez que el viento movía las ramas. Yo regresaba después de varios días fuera de casa con el temor, por ese entonces permanente, de que mi abuela hubiera muerto durante mi ausencia en tanto yo daba mis primeros pasos con sustancias estimulantes. Esa tarde de octubre mi abuela no estaba sentada, como era su costumbre, tras la ventana que era visible desde la reja.

La casa había cambiado de propietario y a mi abuela la habían hospitalizado contra su voluntad, pero esto yo aún no lo sabía. Ahora sé que no lo sabía, ahora que puedo mirar el episodio desde la distancia. En esa tarde el cambio fue tan gratuito como son los cambios en sueños, sin dilución previa. No estaba en situación de creer que un suceso que marcaría cada día posterior (hasta este que comienza en el pasado en vez de hoy) ocurriera en una tarde con esas características, porque una tarde con este aire parece más apta para declaraciones a futuro que para quedar en abandono cuando se tienen quince años de edad.

Así que, desde *este* hoy, *aquella* casa necesita un testigo: un recordatorio de que esos días se parecían al que ahora sostengo en una fotografía mental. Alguien que me pueda contar desde su punto de vista cómo era esa fachada, cómo era yo, cómo eran esos días y si el sol daba tal

y como lo describo. Quizá se trate de aclarar el movimiento en falso, el punto de inflexión que me trajo hasta aquí, al dolor de muelas y a la imagen amarilla. Podría tratarse de algo tan simple como la ubicación de un objeto, un par de zapatos, por ejemplo, algo que en aquel escenario haya estado en desorden y entonces detonado cambios cada vez más significativos hasta convertirme en quien ha amanecido esta mañana con las muelas doloridas y una fotografía a punto de borrarse. Pienso que con apoyo de un testigo podré regresar a corregir lo que me haya hecho daño: reorientar el vértice donde las cosas comenzaron a ser como desde ahora parece que siempre han sido. Tomo como ancla dos aspectos: mi testigo y un par de zapatos.

Gerardo. A quien mi abuela le colgaba el teléfono y él sin amedrentarse llamaba de nuevo las veces necesarias, hasta que se terminara la paciencia de ambos o yo por fin alcanzara la bocina luego de haber escuchado los timbrazos insistentes desde el jardín. El par de zapatos con correas en forma de "T" que usé el día en que mi abuela me llevó a hacer la primera comunión. Entonces Gerardo aún no existía, pero estaba por presentarse.

Supongo que el par fue arrumbado cuando los nuevos dueños de la casa la compraron en calidad de urgente y a cambio de un precio bajísimo, con la condición de que se deshicieran de todos los muebles y enseres, zapatos blancos incluidos al fondo del ropero. Elijo los zapatos del inventario de mi pubertad porque su forma me hacía pensar en otra forma, a diferencia del resto de las cosas que no podían sino ser lo que eran, restos de vidas anteriores (mi abuela joven, yo, la nieta de una joven que vendía

sombreros que terminaban en un perchero); los distingo del vértigo de objetos porque eran zapatos y *también* otra cosa, una cruz de crucificado a quien me consagraba esa tarde de sábado cuando tenía doce años y no podía saber que: a) mi etapa adulta comenzaría en el instante en que declararía creer sólo en la realidad de lo tangible, y b) lo tangible puede desaparecer de una hora a otra, lo haría de hecho cinco años después de esas oraciones donde yo rogaba que por favor no ocurriera *exactamente lo que terminó ocurriendo*. Puedo entonces, con toda la libertad que me da ser mayor que la adolescente de quien escribo,

usar los zapatos como el molde de algo que fue, como el esqueleto de un cetáceo (iba por una carretera en otra tarde más alegre cuando vi un auto blanco abandonado en medio de un prado verde. Su forma estaba más cerca de lo vivo, era un esqueleto o era análoga a una muela que debe extraerse. Por supuesto, esa ocasión la recuerdo igual que se recuerda el sueño después de la siesta).

A Gerardo también le ocurrió el tiempo. Nuestras llamadas cesaron cuando lo enviaron a vivir a otra ciudad, en una época en que esa distancia era imposible de sortear. Sin embargo, ese hecho no me causa ahora sensación de nostalgia alguna, porque él estuvo siempre acomodado en cierto plano de *absoluta realidad* y la manera de irse, si bien fue abrupta, pareció natural, a diferencia de mi pérdida de familia y hogar con todo lo que contenía en el transcurso de una hora.

Estaba ocupada en pensar estos asuntos cuando el dolor aumentó y tuve que interrumpir el texto para llamar a la dentista. Agendó una cita adelantada y me recomendó un analgésico de farmacia, no sin antes recordarme que mi intensa manera de soñar y rechinar las muelas por las noches son la causa de estas mañanas de dolor agudo.

Me deseó mejoría, con el afecto de la relación entre cualquier paciente-doctor. Decidí también llamar a Gerardo de una vez.

Se mostró sorprendido de escucharme y no parecía saber qué decir, así que le facilité el trabajo o intenté disminuir su incomodidad haciendo una especie de entrevista telefónica: ¿Me recuerdas cuando tenía quince años y vivía en la calle de Amores número 1020? ¿La fachada

de la casa era de un azul añil desgastado o era amarilla? ¿Viste alguna vez un par de zapatos blancos que parecían la carrocería de un auto? Etcétera. Sus respuestas fueron un tanto escuetas, pero suficientemente claras para mí. Dijo con sus propias palabras que: no recordaba los zapatos, pero conociéndome seguramente me gustaban porque parecían otra cosa, así que se los imagina perfectamente y no duda de su existencia. También dijo que la fachada de la casa no era azul ni amarilla, sino de un gris deslavado (igual a mi fotografía mental). Dijo recordar mi propensión a los problemas dentales. Agregó que era una grata sorpresa recibir mi llamada y que esperaba que después de esta conversación volviéramos a frecuentarnos. Pretexté por lo pronto mi problema molar.

Por ahora tengo trabajo mental que hacer: afinar esa línea que divide lo que es de lo que se piensa e intentar por fin entrar en este día (ya es casi la una de la tarde). Después inventaré alguna otra razón para no encontrarme con Gerardo, porque lo cierto es que, aunque me encantaría verlo de nuevo, no quiero una capa nueva de memoria sobre los recuerdos que ya tengo; no sea que de tanto manipularlos se deslaven hasta que el pasado deje de ser lo que era.

[Ficción del paranoico]

Acta de Averiguación previa No. 890/2018 MOR/CUE/08/0317/2018 donde se encontraron ciertas inconsistencias destacando que a declaración de los Agentes que hallaron el cuerpo asentado en el EXPEDIENTE 890/ 2018 por el C. Médico Forense Ced. Prof. Núm. 2398573 expedida en esta ciudad, generada el Acta de Defunción 486747, se asienta que el de cujus murió de muerte natural debida a un trastorno convulsivo de origen aún no identificado. Algunos elementos encontrados en la escena de la muerte merecen atención a incidente para recreación de Expedientillo #/2018 MOR/CUE/08/0317/2018 - 1: lámpara de buró quebrada cerca del cráneo del occiso (que no presentaba heridas en la cabeza), frasco con una sustancia verdosa cuyo contenido está aún por ser identificado, notas donde el de cujus describe una posible conspiración contra él sin acusar a individuos de manera específica. Al no haber elementos suficientes en la investigación para dirimir posibles sospechosos propensos a convertirse en culpables, este Juzgado recibe el Acta de Defunción, con envío de Recomendación al Área de Investigaciones Especiales Adscrita a la

Quizás haya cierta exageración de mi parte o así podría parecer a quien lea estas notas. La realidad ha comenzado a ser cada vez más parecida a la que pienso: allá afuera ocurre algo de lo que soy testigo y a la vez protagonista. Pretendo demostrarlo. Sólo aclaro esto para dejar registro de mi autocrítica y de que estoy dispuesto a dejar un resquicio de duda… Escribo sobre la situación también en mis diarios. En el apartado postal #387 dejo

Leía que uno no muere por estar enfermo, uno muere por estar vivo. Pensando en ello llegué a la conclusión de que lo realmente extraordinario es seguir vivo: que no me caiga un muro en la cabeza, que no me resbale y rompa el cóccix. En mi diario hay notas más específicas sobre esto.

Al principio no me importaban demasiado. Fuera de algunos ruidos desagradables, como el sonido de un par de tijeras cortando o pasitos apresurados de tacones a media noche, eran sólo personas haciendo su trabajo. Sin embargo noté, con el paso del tiempo, que sus actividades tenían ciertas constantes. No me refiero a rutinas necesarias (como cortar el pasto antes de regarlo), sino

a movimientos gratuitos que inquietaban mi naturaleza observadora. Me dediqué esos días a registrarlos con sumo cuidado de que ellos no lo notaran: escondido tras las persianas o los árboles, tomé fotografías e hice notas sueltas y entradas en mis diarios para registrar sus movimientos. Semanas adelante y anotado cada movimiento por persona y por día, advertí las constantes sospechosas: la mujer que trae y lleva papeles lo hace indefectiblemente los martes, a las doce y a las tres. El hombre del impermeable aparece sólo cuando soy el único habitante de la casa. Todos se cubren de alguna manera el rostro para permanecer fuera de mi vista.

Hay mañanas en que lo que realmente quisiera es estar tranquilo, quizá frente al estanque mirando los peces flotar. El agua me parece más segura que este jardín poblado de árboles frutales. Me siento atrapado en esta habitación, tras las persianas frente al jardín que de tan verde ya es sospechoso: oculta a los demás, oculta los vehículos, el estanque. Aquí el verde es mejor que el del jardín vecino. Justamente ese exceso de orden es el que da pie al ocultamiento de ciertas conductas inaceptables. O a la aparición de ciertos objetos sin lógica aparente. He comenzado a dibujar esos objetos en mis diarios. Una especie de costal rígido, tirado junto al nogal. Una bolsa negra sobre el pasto, perfectamente sellada y sin expeler ningún tipo de aroma o vaho (apareció un miércoles, como resultado de algún movimiento del día anterior). No supe si la dejó el hombre vestido de overol de mezclilla o la mujer de suéteres permanentes. La mañana era luminosa y ese objeto pesado y negro ni siquiera per-

mitía colocarlo en una posición decente para su registro (no pretendo hacer fotos artísticas). La bolsa estuvo ahí inquietándome, se acercaron dos perros, se fueron, me descuidé y desapareció. Pero le tomé una foto. Temí que fuera una de las bolsas negras que he llenado de papeles con direcciones y otros datos incómodos confiando en que los empleados de esta casa (¿debería llamarlos de otra manera?; no sé siquiera sus nombres propios) las juntaran con la basura orgánica. De este modo los restos de información se mancharían de salsa u otras sustancias, lo suficiente para desaparecer algunas huellas, pero siempre queda el indicio de algo.

Todo lo que hay son indicios.

Los martes es el día en que mis labores administrativas me mantienen (más) ocupado. No creo que sea gratuito ese traer y llevar papeles al mismo tiempo que genero información confidencial. Debo revisar mis archivos para asegurarme. Quizá encuentre movimientos bancarios no autorizados, hechos en martes. En cuanto al hombre del impermeable, ha sido muy astuto en cubrirse con el pretexto del clima. Si me hiciera daño, no habría testigos, y si fuera visto por alguien sin que lo notara, ese alguien no podría dar su descripción para hacer un retrato hablado del asesino.

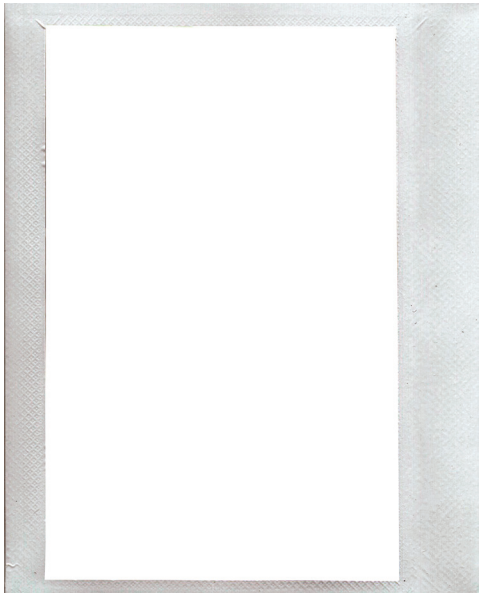
Los hombres de azul me preocupan menos, pero no por eso dejo de vigilarlos. Su comportamiento es menos ordenado: la única constante son sus reuniones a la hora de la comida. A veces toman su almuerzo muy cerca de mi ventana. Entonces los escucho con claridad, aunque no puedo relacionar qué voz corresponde a cuál rostro. Hablan del clima y del trabajo. Creo que son mensajes cifrados para referirse a la conspiración de la que también son parte y que tiene como objetivo mi muerte o mi destierro. Si después de esos hechos alguien encuentra estas líneas, por lo menos sabrá que todo el tiempo fui consciente de lo que pasaba allá afuera. Por si quedaran dudas, en esta misma carpeta se encuentra una serie de fotografías que espero comprueben

Debo quemar o esconder mis diarios.

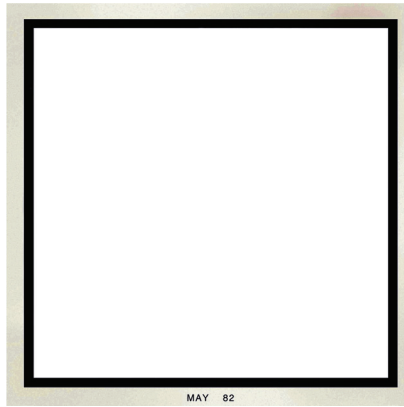
[El interleph]

Dicen los que saben, pero la Red sabe más, que es un recurso fácil terminar un cuento con la muerte del personaje. Supongo que comenzarlo con una parecerá más natural: mi madre murió antier. De cómo murió Pilar de la Fuente, mi madre, no tiene caso ahondar, porque hubo convencionalismos y también hubo miedo. Después de una mañana de trámites impersonales y multiplicidad de anuncios LED que están ahora grabados en mi inconsciente, quise refugiarme en la plaza con fuente y bancas que mamá y yo solíamos disfrutar. Estaba cerrada por una serie de bardas que cubren la obra de expansión de una tienda departamental. Comprendí que esta ciudad se aleja de mamá, que el cambio en la plaza es el primero de una lista por escribirse.

Pilar siempre quiso ser sobrecargo. Lo logró. Como otros buscan los manjares, los corridos o los libros, a ella la llamaba el mundo aeronáutico con su lenguaje particular de alturas, pistas y presurizaciones. Pienso en Pilar y pienso en mi infancia, mejor dicho, en fotos de entonces, porque de esa temporada recordamos no ya ciertos escenarios o tardes exactas, sino las fotografías de esos escenarios, fragmentos de los hechos que dieron pie a esas imágenes. Aquí un *slideshow*:



Pilar de la Fuente retratada a tres cuartos, plano medio, vestida con el uniforme rojo seco de la aerolínea y mostrando su altivo perfil.

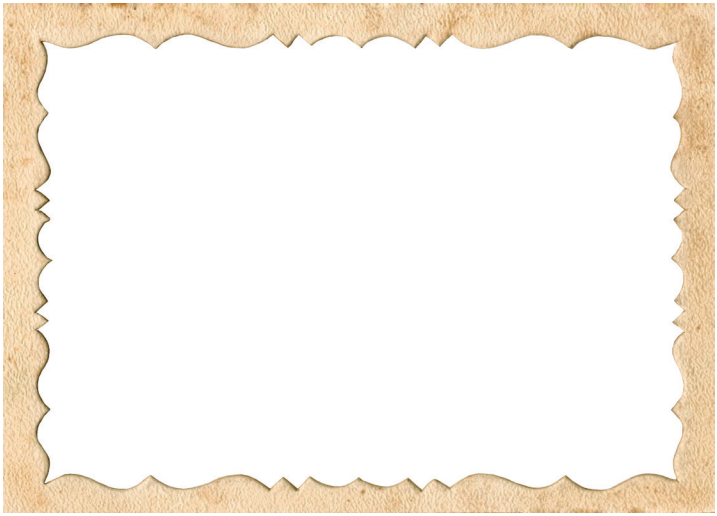


Pilar de la Fuente en blanco y negro, plano americano, sorprendida en la cocina vistiendo bata de casa por medio del destello de un flash.

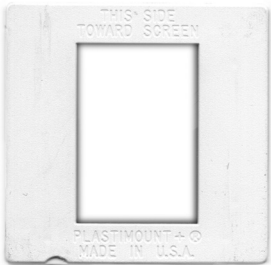
Pilar de la Fuente en un virado al sepia, aparece al centro del grupo en un desayuno la mañana que estalló la huelga de la aerolínea.

Pilar de la Fuente bonita y viuda.

Pilar de la Fuente con pantalones entallados y peinado de puntas onduladas, frente a una heladería, bajo el sol directo de la una de la tarde. Yo hago una mueca hacia la cámara.



Pilar de la Fuente en la esquina inferior derecha del cuadro, bajo la luz difusa, con un vestido de hombros descubiertos y sentada a la mesa de invitados de la boda en un jardín.



Pilar de la Fuente a color y de cuerpo entero frente a su nueva casa, lleva la mano en la cintura y una falda línea A. Es una tarde soleada de junio.

Esta última foto la tomó Ernesto Contemporáneo, artista cuya presencia en nuestra casa se hizo tan constante que me confundía entre si se hallaba de visita o su ausencia se debía a que ahora visitaba su propia casa. Algunas fotos después, gracias a la función de *timer,* Ernesto aparece ya junto a mi madre. Su brazo toma el hombro que no tardaría en cambiar por el talle en alguna instantánea posterior y el fondo de edificios citadinos está por transformarse en escenarios bucólicos o de parques, registro de algunos paseos dominicales fotografiados por peatones amables.

Mi madre vivió suspendida en algún lugar entre el terreno firme y la bóveda celeste. Padecía el fenómeno del fumador que cuando fuma desearía no hacerlo y cuando se abstiene necesita fumar. Durante sus estancias en tierra la invadía un velo de nostalgia que hacía prácticamente imposible establecer comunicación con ella, especialmente en asuntos cotidianos que, dada mi niñez, ganaban en profundidad y dimensión. Cuando estaba en el aire (conversaba con Ernesto) la acompañaba un vértigo que se traducía en cierto impulso por lanzarse de la aeronave después de haber actuado las instrucciones para casos de emergencia. Sin embargo, su satisfacción al caminar en tacones por el piso de los aeropuertos ocultaba el vértigo que sobrevendría después. Había cierta dignidad en el uniforme rojo y los cambios sutiles que denotaban su ascenso en la jerarquía: primero por el lenguaje, la sucesión de palabras que cambiaron de *aeromoza* por *azafata* para terminar por fin en *sobrecargo;* después, por los cambios de indumentaria: uno u otro estampado en la mascada alrededor del cuello, una línea

extra sobre la boina graciosa y ladeada. No puedo evitar este pensamiento: su dignidad se parecía al egocentrismo. Pilar disfrutaba en el piso esa separación sutil aunque implacable del resto de los asistentes al aeropuerto, había en su manera de caminar un decir: Soy importante, diferente. Ya una vez en el aire —le contó a Ernesto en una tarde luminosa mientras yo escuchaba tras la puerta cerrada de la estancia— la invadía la sensación de estar cerca de la muerte, certeza natural en los pasajeros de una aeronave que saben (aunque procuren no profundizar en el hecho) que cualquier error en cabina o inclemencia extrema del tiempo puede derivar en un final prematuro, esto si la muerte no estuviera acechando a la vuelta de cada esquina y el milagro consistiese más bien en seguir estando vivos.

Hablaba mi madre con tal naturalidad de estas escatologías, que al paso de los años comencé a sospechar que había cierto placer en las sensaciones que ella afirmaba sufrir. Así que en ese territorio claramente delimitado —la superficie total de la aeronave— mi madre disfrutaba su papel de embajadora del piso en el aire.

En los años de mi infancia la idea de futuro equivalía a tierra, suelo. Pilar se quedaría para siempre en casa y quizá, al tenerla más cerca, Ernesto se aburriría y entonces yo podría librarme, por ejemplo, del paseo sobre sus hombros, que me llevaban al cine en busca de la estima de mamá. Sin embargo, los tres ganamos años y con ellos angustia. Ernesto se convertía en nuestro amigo más cercano. A mamá el tiempo le desgastó lo más amado de su empleo: la interacción humana. De nuevo el paso de los años incidía en forma de avances tecnológicos

que implantaron los sistemas automatizados que ahora conocemos de surtido de bebidas, botanas y menú para vuelos largos, o las tabletas personalizadas que muestran a una mujer en tercera dimensión dando instrucciones para casos de emergencia, atendiendo siempre a la mímesis con el fenotipo de cada pasajero. Así recuerdo la angustia que sufrió Pilar viendo cómo el oficio al que dedicaba su juventud y gran parte de su vida adulta se diluía hasta ser por completo innecesario y quedar inscrito en su mente entre recuerdos que, de tan cercanos, aún parecen anécdota, pero que se alejaban entonces de manera implacable como una ciudad a través de la ventanilla de un avión que se eleva. Hice por ese tiempo un descubrimiento respecto a la carrera de mamá: quizá fue el hecho mismo de convertirse en madre lo que le impidió llegar a las alturas jerárquicas que deseaba para su carrera entre los aires.

Otra de las ironías de este relato (ninguna historia está exenta de ellas) es que cuando Ernesto Contemporáneo conoció a Pilar de la Fuente hacía una serie con la que se empeñaba en demostrar que los viajes carecían ya de sentido, dados los avances tecnológicos. Trabajaba en la obra de su carrera: *Degradación de los mapas,* una obra "tan redonda como contundente", declaraba. (Doblemente irónico, también, su apellido en un tiempo en que lo contemporáneo no equivalía a otro *ismo* del arte, sino apenas a la condición de lo presente. Podría decir que el trabajo de Ernesto, visto desde ahora, se inserta más bien en el arte moderno, pero eso yo no lo comprendía entonces.) El manifiesto artístico de Ernesto, que muchos años después encontré en un catálogo en

la librería de un museo al otro lado del mundo, ponía: "Mi trabajo explora la relación entre cartografía y experiencias cotidianas. Con influencias tan diversas como Jorge Luis Borges o Amelia Earhart, genero nuevas combinaciones a partir de estructuras transparentes y opacas. Quedan en el espectador nuevas preguntas sobre lo indefinido de nuestra condición, más allá de la geografía o los mapas."

Degradación de los mapas consistía —por lo menos esa parte del proyecto— en una propuesta de abolición de las distancias por medio de "paisajes cartográficos". Abundaba Ernesto en la idea de trabajar como una especie de cartógrafo que trasladara al medio pictórico una representación del espacio inexplorado entre la distancia *real* y la figuración de esa distancia en una superficie bidimensional.

Hacía óleos de mapas intervenidos. Usaba técnicas impresionistas para generar la sensación de un terreno plástico siempre a punto de cambiar. Años después no pude evitar pensar que *Degradación...* se parecía demasiado a sus argumentaciones cotidianas sobre los viajes y los vuelos, todo en un inocultable afán de acercar a mamá al mismo tiempo que insistía para sí mismo en la inexistencia de las distancias. Quizá el título inconscientemente reflejaba su necesidad de no pensar en territorios, ya que el objeto de su afecto (mi madre) se caracterizaba por no estar nunca, pero de haberlo preguntado yo, seguro habría recibido una lección sobre realidad y metaficciones.

Lo que Ernesto necesitaba entonces, pensé después, era tener todo al mismo tiempo, un sistema de vértices compartidos y que careciera de centro: Internet. ¿Cómo

podríamos haberlo imaginado en los tempranos ochenta? Sin embargo, él lo intuía con sus conceptos barrocos, no carentes de cierta verdad. Ahí estaba el horizonte de futuro: mamá y él descubrirían dos décadas después la afortunada combinación de ausencia presencial, las llamadas por la Red en tiempo real. Así pudo Pilar por fin disfrutar la compañía de Ernesto sin la presencia de ciertos hábitos cotidianos que consideraba desagradables, y él por su parte logró tenerla suficientemente cerca aunque ella siguiera de viaje. Para entonces yo me había ido de casa y había dejado de frecuentarlos. Mamá no hizo chantajes ni reclamos, así que me dediqué a viajar, leer y resolver asuntos convencionales, hasta que unos pocos años más tarde Ernesto me escribió un correo electrónico avisando del diagnóstico de Pilar.

Para hablar del asunto me citó en su estudio de San Ángel. Estaba mucho más sosegado; el temblor de sus manos cuando buscaba las palabras exactas en una conversación había mudado a una especie de paz nerviosa en todos sus ademanes. Ya no tomaba fotografías, comentó, mientras yo observaba los paisajes blanco y negro pendientes de la pared del recibidor. Al paso de los años y ciertos catálogos había aprendido a valorar su trabajo, así que me pareció que alguna explicación luminosa habría al respecto. Sin embargo, nos encontrábamos preocupados por la salud de mamá y esa tarde no hablamos de arte sino en comentarios sueltos.

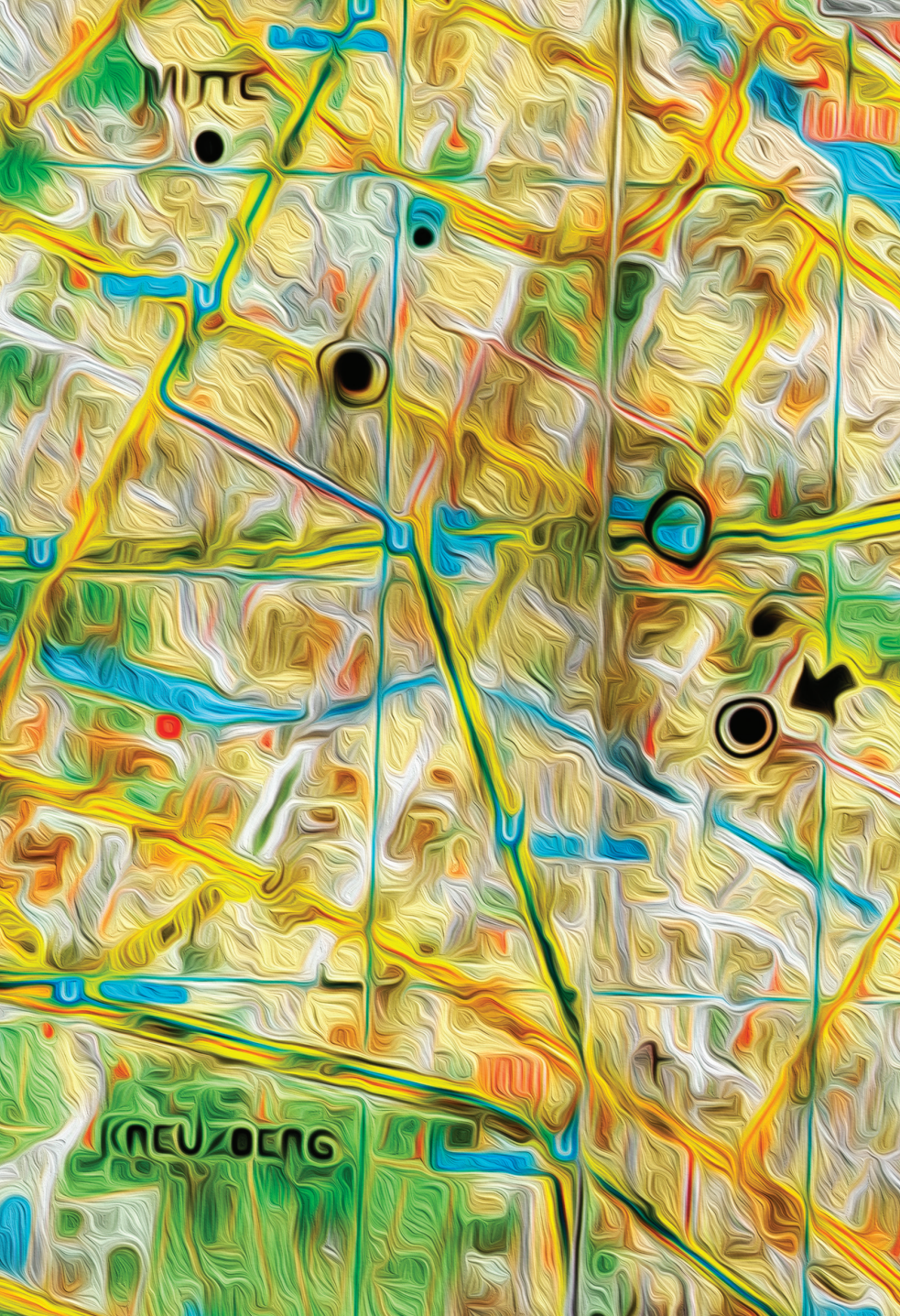
El proceso de enfermedad de mamá fue un despegue mental acompañado de la inmovilidad física que la invadió en un periodo de tiempo extremadamente corto: desde que recibí el correo con la noticia a que salí del

hospital con el acta de defunción pasaron cuarenta días. Una vez depositadas las cenizas de lo que fue mi madre en una urna al norte de la ciudad, cerca del aeropuerto, Ernesto me propuso que lo visitara pronto para continuar "ciertas conversaciones inmanentes".

Calculé que en unos días sería el cumpleaños de Pilar. Visitar ese día a Contemporáneo era hacer un homenaje a su memoria. Le llevé una modesta ofrenda de catálogos extranjeros, los que aceptó con la misma efusividad cansada de su saludo. "Ya conoces el camino", me guió a la nave principal del estudio. Los cuadros de gran formato que formaban la serie *Degradación de los mapas* estaban distribuidos por todo el lugar, unos recargados en las paredes y otros francamente en el piso. Dijo que era su deseo mostrarme otras piezas, pero ya estaban en manos de sus coleccionistas privados. Había también unos fragmentos de basalto que, dados los lados planos que presentaban, parecían desprendidos de un muro. Ernesto contó que el proyecto había llegado a la realización de su mejor serie de pinturas a la fecha y después de eso había decidido trabajar desde lo íntimo y lo privado con una propuesta autobiográfica: los fragmentos de piedra que yo veía serían ensamblados para formar su historia con Pilar de manera tridimensional. Ernesto había mandado imprimir en formato grande un mapa de aquí, y en esa impresión marcaba los sitios que habían sido o que aún eran significativos para él, ya por la frecuencia de sus visitas o por la insistencia de esos sitios en su propia memoria. Estaban marcados la cafetería donde mamá y él saboreaban un capuchino de menta; cierto parque más bien anodino que contenía el recuerdo de una de esas

primeras tardes donde salían ambos a pasear acompañados de la cámara y de mí; la explanada donde se reunían los compañeros en la temporada de huelga de la aerolínea. Esos puntos deberían eventualmente devenir en la escultura cuyas piezas al unirse formaran la figura de sus recuerdos con mi madre. Cuando observé, no sin cierta candidez, que era probable que las formas finales de la piedra fueran completamente abstractas, Ernesto dejó ver un rubor discreto en sus mejillas y espetó que "la necesidad de dotar de forma al infinito es característica de mentes colonializadas". Así que, para no discutir, o bajo la sospecha de que quizá él estaba en lo cierto, decidí entregarme a la contemplación de las piezas y los cuadros anteriores con la mente abierta. Si bien sus modales se habían suavizado, no así lo ampuloso de su lenguaje: había hecho las marcas sobre el mapa "a manera de un homenaje indicial" (a Pilar, claro está) y a la última etapa del proyecto se refería como "la de mayor interés urbanístico de la degradación topográfica". Ahí estaría mamá, al menos para él: en una escultura exenta que reflejaría las huellas de cuán cerca estaban los sitios de esta ciudad donde había transcurrido su vida en la tierra y en la Tierra. Ahí estaría mamá: sus indicios marcados sobre la ciudad de mi infancia, en los paseos que la significaban más que las múltiples visas en el pasaporte. Comencé a sentirme mal. Me despedí de Ernesto no sin antes felicitarlo por la calidad de su trabajo. Ambos sabíamos que el último hilo que nos unía estaba por romperse.

Salí del estudio aquella tarde con la sensación de que un filtro fotográfico gris-ocre se interponía entre la



realidad y mi paisaje. A pocas cuadras de caminar llegué a la plaza donde solía descansar con Pilar en las tardes de hacía veinte años. Miraba los anuncios digitales de ofertas por tiempo limitado, ofertas idénticas que regresarían con otro nombre publicitario meses después en la misma época del año, cada año. Escuchaba una melodía que las preferencias de mi cuenta de música digital habían autogenerado hacía ya varios meses, por los días en que la enfermedad de mi madre cubría ya gran parte de nuestras horas. Aún llevaba la pieza en mi lista de favoritos, aunque para entonces ya era antigua por ser la novedad un valor en esos días. La plaza estaba en pleno proceso de transformación. Comenzaba la construcción de nuevos pisos de la tienda departamental que daba a la plaza y anunciaba sus productos en sus propios LED. La banca donde me sentaba tenía un apoyo provisional de concreto en una de las patas, signo de que también sería eliminada del paisaje. Era yo la única persona que miraba el paisaje urbano en vez de la pantalla de su minicomputadora personal. Apagué la música y usé mi dispositivo para refrescar mi memoria sobre Pilar de la Fuente en la Red. El buscador arrojó resultados simultáneos, pero los transcribo a manera de enumeración porque el lenguaje es sucesivo: un casco de jinete que lleva un espejito en la visera. Un montón de flores de jacaranda barridas por los empleados de limpieza en Pretoria. El vaso de tinto de verano que alguien tomó una tarde de su último día de clases. Mi madre como un número en la lista interminable de trabajadores que hace cinco años ahorraban para su retiro. La fotografía donde una chica blanca le asegura a su compañera afroamericana *Don't be silly, no eres*

fea. Fragmentos de partituras del himno de una nación que ya no existe. Mi madre en segundo plano, en una reunión de oficinistas en un bar, con mirada implorante a la cámara digital. Un caballo blanco muerto que se expande y cubre de blanco el prado verde a su alrededor. La esquina luminosa en San Antonio, Texas, donde el letrero roto de una bodega quemándose al sol pone "S_X". Una columna jónica manchada por la suela del tenis de un turista inglés. El triciclo rojo con el que un niño andaba en el redondel del Parque México, en México. Dos chicas de trece años hablando español al revés en un jardín rodeado de hortensias. 10215 colillas de cigarro distribuidas en 1km. de vías de tren cerca de Santiago de Compostela. El nombre de mi madre en una carta de deslinde de responsabilidades del hospital. La lámpara *decó* que iluminaba el cuarto de una niña desaparecida en una choza cerca de Real de Catorce. Un artículo de revista cultural que dice: "Las interficies que hoy nos conectan al mundo y vehiculizan buena parte de nuestra actividad." La proyección de Manhattan invertida sobre la pared de una oficina habilitada como cámara oscura. Mi madre mencionada en una lista de empleados sobresalientes de la aerolínea. Un libro hecho de carne.

Decidí apagar el aparato y buscar en mi pensamiento lo que resaltaba de ella. Entonces regresaron la mayoría de los resultados y supe que estaba recordando la Red o ese fragmento de una lista infinita donde el recuerdo de mi madre se diluye entre otras situaciones y formas. Supe que ya ocurría algo similar con lo que conservo de ella en mi mente: las facciones de Pilar se borran cada día como empezando el camino de su posterior desaparición.

Ataque de [teatro] pánico

Días antes, Posible Acompañante había asegurado a Protagonista del relato que la mejor manera de curar una serie de ataques de ansiedad era enfrentar las situaciones que suelen detonarlos. Por lo tanto, si a ella le ocurrían en lugares cerrados, correspondía justamente ir al teatro a ver el estreno de una obra cuya polémica había comenzado semanas atrás.

"Las piedras arrojadas al personaje de Cristo tenían todo el aspecto de excrementos, además del inequívoco olor que invadió el teatro en ese momento. Y es que...", seguía el segundo párrafo escrito en gerundio y con uso excesivo del verbo "generar": polémica, sobre todo, publicaba la nota de prensa al día siguiente del estreno de *Cristo de nuevo resucitado*. El tema de *Cristo...* eran las dudas de un dios en el que creía ochenta por ciento de la población del país en ese tiempo. El público aún no se acostumbraba del todo, aunque comenzaba a habituarse a que los temas en escena/ficción versaran sobre política, religión o sexo: el teatro padecía una preocupante baja de audiencia. Por su parte, los temas mentales de Protagonista consistían en: 1) probar qué tanto disfrutaba de la compañía de Posible Algo en su vida sentimental,

2) seguir con el intento de llevar una "vida normal" pese a que las fobias crecían y se engrosaba el celofán que la separaba de la *realidad*, 3) evitar tener un golpe de adrenalina gratis durante la función, por medio del ejercicio de concentración en la puesta en escena y el ligue con el acompañante.

Entran cinco minutos antes del inicio de la función. Acompañante Efectivo ha desoído las peticiones a sentarse cerca de la salida, no tanto por descortés sino por ignorante, no en despectivo sino como mera descripción, porque ignoraba que lo mejor para Protagonista era más bien una pastilla y calmar los nervios con suficientes dosis de salidas al campo e ingesta de comida saludable, e ignoraba también que detalles mínimos como si la butaca elegida es la F2 o la F7 suponen un cambio muy significativo en la sensación de tranquilidad, ya que no es lo mismo salir corriendo directo a la escalera que tener que pedir permiso diez veces tropezando con el doble número de piernas en plena función mientras se escucha un *shhhh*. Es decir que quedaba eliminada la posible rápida emergencia, porque ambos se sentaron al centro del patio de butacas, con espectadores rozando a izquierda y derecha.

Entonces comienza ese ligero rumor expectante en los teatros antes de la función, con comentarios en bajavoz y los olores a bolsas de cuero, perfumes femeninos, sudor, una pastilla refrescante del aliento y zapatos que vienen de la lluvia de afuera que es sólo un rumor que gotea en el techo del teatro.

No hay tercera llamada (se perdió en algún punto de la ejecución teatral contemporánea). Se prenden un par

de luces directas a la escena de un desierto de cartón, un exceso de planos con distintos tonos ocre donde es imposible distinguir qué es atrás y qué adelante (analogía mano de director al Tiempo, a lo divino que es eterno). Para este momento Protagonista ha olvidado los ataques y se relaja en su butaca dispuesta a cumplir su función de público.

La configuración del escenario o el tono fársico de la obra la hace sentir incómoda, hay algo en la verosimilitud que no funciona. Voltea a la izquierda a ver a Acompañante, que parece muy concentrado con una mano en la barbilla y las cejas alzadas, es atractivo a veces, piensa ella, pero no lo suficiente como para unos besos o algo más, esos vellitos en los dedos, esa actitud de autosuficiencia.

Los gritos del actor en personaje corriendo a los fariseos del templo: ella intenta concentrarse en uno de los actores secundarios que es bastante guapo o en el juego óptico de planos. Busca con la mirada el letrero encendido de la salida de emergencia, como no queriendo, como si fuera parte de la escena total y ella sólo se lo topara en su ángulo de visión por casualidad; intenta mantener quietas las manos nerviosas y concentrarse en el rostro sufriente del actor allá delante.

Demasiados cambios de luces para un sistema nervioso frágil; la impostación de diálogos no permite a Protagonista entrar por completo a la ficción. Para la última parte de la obra (si puede hablarse de cierta estructura, ya que se basa en un teatro antiaristotélico que hace converger todos los posibles tiempos de la ficción en un solo espacio; el personaje está en presente, futuro y pasado), al momento de una *crucificción* iconoclasta (en sentido

estricto, sujeta a la interpretación porque nunca se aclaró si el personaje era Jesús o un personaje del personaje) comenzaron a surgir bolas de excremento o de una masa mezclada con, que entraban a derecha e izquierda del escenario lanzadas por manos invisibles.

El público soporta el olor porque parece de mal gusto taparse la nariz aunque haya moléculas nauseabundas en el aire; además, es inadecuado en cuanto a la tensión dramática, porque cualquier movimiento por parte del público (tos, ¡aplausos a media sinfonía!) le quita (a)tensión a la escena, repetida por miles de años en el imaginario, de un hombre atacado por piedras, sean de cualquier material: el olor sólo es una consecuencia y el público actúa a su manera fingiendo que no existe.

Las reacciones son discretas, quizá había exagerado el reportero, fue perfectamente soportable para todos la escena (aunque la religión sea ficción también lo es el teatro, todos lo sabemos, juguemos a que esto es cierto y hagamos catarsis por un rato), salvo para Protagonista, que tiene el impulso de ponerse de pie o gritar Fuego para que todos salgan del recinto.

EXIT en verde

Siente cierta debilidad, el corazón acelerado como de pollito, que podría detenerse en cualquier momento. También percibe lo débil de la tarima, del teatro mismo. La gente sentada tan cerca, la certeza: me voy a morir, pero no en el inconsciente, perenne como en todos, sino aquí mismo y ahora mismo. Entonces sucede un alejamiento que incluye no sólo a la observación como espectadora

que ya no cree en lo que se le presenta (en este momento la escena es un desorden de gritos y lamentos), sino un alejarse más allá del propio cuerpo y la sensación de no pertenecerse, ocurre esto tras sus ojos que miran muy fijo (si en vez de ver hacia la escena hacemos un giro de 180 grados hacia el público distinguimos la mirada de ella —*zoom in*— como en angustia interior hitchcoquiana, vértigo de quien está dejando de ser por causas internas sin que nada afuera parezca haberlo detonado), la escena se va por unos segundos a negro en tanto Acompañante se sorprende al descubrir las uñas de su cita marcadas en la rodilla.

Es mental, había dicho él, sólo controla la sensación una vez llegada, que de tan detenida deje de aparecer; y aunque esa mente haya hecho el esfuerzo por mantenerse en la escena —donde ahora Cristo pregunta en italiano por qué lo han abandonado—, se levanta y camina rodeada de los obstáculos que representa la fila de espectadores, intenta abrir las fosas para distraer las ganas de soltar un grito con el olor rancio-ácido, mientras toma la mano de Acompañante y la aprieta hasta el corte de circulación, en tanto intenta alcanzar la salida tropezando con hombres y mujeres mientras en el escenario descuelgan de una cruz el cuerpo embadurnado.

Por lo menos ese momento de la obra fue adecuado para salir sin molestar tanto a la audiencia; las escaleras son muy angostas pero desembocan en la luz de afuera: la alcanza Acompañante Amigo que aprovecha para encender un cigarro y sugerirle bajo el paraguas abierto, Vamos, sólo tienes que pensar en otra cosa, Es ficción, no pasa nada, ficción: adelgazar la ya delgada

línea entre lo que pasa afuera y lo que pasa adentro, sobre todo tomando en cuenta que en teatro no es que esté pasando la realidad real, ella necesita tiempo y quizá no tienen demasiado en común, el ataque va pasando, la lluvia fría la calma, son una pareja que se salió de la función y alimenta la polémica de una obra que, vamos, ni siquiera valía tanto la pena.

Imagen observada por Protagonista
segundos antes del ataque.

[En lo que es ido]

En lo que es ido ¿en lo que he sido? ¿en lo que he sido?

¿cuáles?

Entramos a un hotel donde han ocurrido demasiadas cosas, pero ya es tarde para buscar otro. La ventana de la habitación deja pasar la luz roja del letrero en la fachada: se apaga y enciende a intervalos, zumba cada cambio. Es noche cerrada. El rumor de la avenida cesa, junto con el sonido de los puestos ambulantes que se ~~desmontan~~. desarman

Él se tiende en la cama y de inmediato se duerme. Yo veo la televisión, lo abrazo por la espalda y me quedo dormida. Un rato después me despierta un grito de auxilio: l~~amento intenso como se supone sean los gritos de auxilio que parten la noche en dos~~. Un hombre está allá abajo, sufriendo a ¡exagerado! pocos pasos de este hotel, quizá ve de frente su final y le parece absurdo, por eso pide ayuda, porque aún cree que alguien o algo puede salvarlo. Me levanto, descorro la cortina y miro afuera: nada. Sólo el letrero "HOTEL" que parpadea. Intento volver a dormir porque no, no seré yo quien salga. ¿Qué puedo hacer con este

cuerpo semidormido contra tres tipos armados o lo que sea que ataca a ese hombre?

Ahora esta noche es otra: ~~existe en una ciudad que devora~~. La piel de mis brazos se eriza, me aferro con fuerza al cuerpo contiguo. No se ha despertado. Subo las cobijas hasta cubrirme el rostro mientras lamento el destino de quien está allá afuera.

Días después le recuerdo que entramos en un hotel donde habían ocurrido demasiadas cosas. Subimos las escaleras hacia las habitaciones, escaleras viejas, alfombradas en ocre, ~~lámparas de luz insuficiente~~. Sentí que ahí habían ocurrido múltiples sucesos. No buscamos otro hotel porque estábamos muy cansados. Esa noche me despertó un grito, recuerda. No, estabas profundamente dormido: fue *a mí* a quien despertó. Él asegura que se levantó, se asomó por la ventana para buscar al hombre y la calle aparecía tranquila y solitaria. Mientras tanto, yo dormía. ¿Qué decía el grito? Me pregunta. Lo reproduzco: él me contiene y se disgusta porque grito Auxilio en este hotel. Los huéspedes o empleados no tienen cómo saber que estoy actuando. Es cierto; algo me orilló a gritar también, a tratar de ser fiel al volumen y al tono desesperado de aquel hombre. De cualquier modo nadie toca a la puerta de la habitación para saber qué ocurre, ni suena el teléfono desde el *lobby* para preguntar si estamos bien.

Lo cierto es que no lo estamos. Cada uno cree que el otro miente. Prefiero pensar que por diversión retórica estiramos la anécdota, en vez de analizar qué fue exactamente lo ocurrido aquella noche. Otro hecho de los innumerables de ese hotel, pienso. Contengo mis palabras

porque aún me duele su regaño. Así ocurre a veces: si digo las cosas con voz golpeada o si mi facultad histriónica me delata, se desespera y me regaña. He decidido contener ciertos dramas. Pero se quedan dentro, como las huellas de acontecimientos anteriores.

Hace poco él quiso llamarme desde un teléfono público. El aparato no daba línea, aunque se escuchaba algo: el monólogo de un adulto regañando a un niño. Contó que el sonido no se parecía a un cruce de conversaciones telefónicas, sino como si al descolgar la bocina se hubiera abierto una puerta que da al cuarto donde ocurría la escena. Él no evitó pensar que estaba oyendo algo *que de hecho ocurría*, aunque a cierta distancia temporal o espacial, pero no por intangible menos *real*. Concordé con el sentimiento de inquietud que tuvo entonces, y que volvía ahora, al invocar la anécdota. Pensé, además, en la ingrata coincidencia de que hayan aparecido regaños justo cuando iba a llamarme. Pero eso sólo lo pensé. No quería interrumpirlo.

No he logrado convencerlo de que aquella noche escuché el grito de auxilio y estuve despierta durante un rato, hasta que calmé mis nervios y regresó el silencio de la calle. He pensado que quizá lo imaginé: no el grito mismo, sino que me haya despertado. Quizá yo soñaba mientras él se asomaba a la ventana. O él soñó que se asomaba.

Escribo esto mientras él duerme. Espero que las cosas mejoren: este tiempo donde las palabras se ponen rancias nada más de pronunciarlas. La avenida, siete pisos abajo de esta habitación, comienza a llenarse de autos. Fumo. Lo miro descansar a través del espejo y recuerdo: lo conocí hace años, pero desapareció en unas horas. Luego nos co-

municamos por correo. Eso daba tiempo para escuchar al otro sin interrupciones. Extraño eso de antes: lo que *podía* ser. Las volutas de humo espesan la atmósfera del cuarto. Se desintegran como cosas que iban a ser, pero no fueron.

[De la libreta romana]

Mi compañera de asiento en el vuelo lleva una carpeta de agencia de viajes con la leyenda *Un mundo maravilloso*.

O no tienen sentido las equivalencias, pedirle a un avión una estabilidad como de tierra.

Moneda: el que convierte no se divierte. Hacer como que uno sabe (metro ritmo no como turista sino como...) y sabrá.

Via del Corso nueve de la noche hacia el este en vez de hacia el oeste. Darse cuenta media hora después. Recordar: virar los mapas, pensar en negativo (hacer *lo contrario* de lo primero que se me ocurra).

Soplar el aliento sobre el cristal de un restaurante en Via Veneto. Dejar ahí una mancha de vaho impermanente (aunque ya Appelt y Orozco).

Coliseo romano fotos = no. Buscar en Google.
Sonido tampoco (sólo escucharía a los guías en distintos idiomas). Tocar tampoco porque Coliseo como esta-

lactitas y estalacmitas, que tocaba una gota con el dedo y el guía advertía Acabas de eliminar años de trabajo del aguapiedra. SOLUCIÓN PARA INTERACTUAR CON EL COLISEO ROMANO: usar el sentido del olfato. Resultado: humedad de muchos años (casa vieja en San Rafael, México lejos).

A esta hora (hace media) soy (era) la única turista en esas calles. Parezco secuencia de Fellini, sin cabellera rubia ni gatitos.

La única opción que queda para usar la cámara grande en los museos y monumentos es desenfocar (mucho).

*Problema de tabacchi
NO LE DOY MIS EUROS A LA TABACCHI MACHINA DROGA VENDIDA POR SISTEMA CAPITALISTA QUE QUIERE MANTENERNOS ADICTOS ALETARGADOS *Please do not fold the money*. Desprecia mi billete de 5 euros.

La soledad es estar en la fuente de Trevi rodeado de trescientos turistas y no tener quién te tome una foto.

La suerte es decidir ponerse bajo techo bajo el sol y que después llueva y ¿estar vieja es que el propietario del café no me haga caso por haber una mesa de cuatro chicas a las que les llevo tres años, tres?

VO RRE i A QUA esto también es el mundo, estamos en el plano físico aún. Apago la luz y sí se apaga: el ejercicio para saber si uno está en sueño lúcido es activar el apagador y si la luz no se apaga, estás soñando.

Que alguien metiera la mano en la Bocca della Verità y se escuchara *sólo es una metáfora.*

El bar donde un blog dijo que se juntan los artistas está *chiuso* por mantenimiento.

Tratar de fotografiar la sombra de la escultura de Dante y que en eso se meta el sol y que no vuelva a salir por ser las siete de la tarde.

Esto que parece un texto contra los turistas siendo yo una turista a la que sin embargo una turista le pregunta tú que vives aquí ¿esa M es de Metropolitana o de McDonald's?

Salí a cenar y hablé de mí misma. De lo que No hago. (Lección 4: no hables de lo que NO haces, habla de lo que sí.) "¿No es el martes el mejor día para viajar, David?"

ayer se me pasaron las copas.

debo perdonarme. no sólo por la noche de anoche sino en general, ese dolor primordial que lleva a la autodestrucción, el plan era estar fresca para hoy y lo que hay hoy es que no desayuné el buffet pagado, son las 13 hrs. y no me he bañado ni salido a pasear a los sitios planeados ayer y el cielo se cubre de nubes y comienza a enfriarse el aire dios qué cursi.

dijo Stephano que se llama lugarcomún y está guapo lugarcomún: no trabajar porque pagan poco es darse por vencido (¿es reaccionario Stephano?)

todo tiene tantos siglos = calzar todas las mesas.

cuidado cuando ser artista se convierte en despreciar a los *normales* (?). No perder la empatía básica por las cosas profundas, esenciales. ¿Para qué serviría entonces? Inteligencia o talento no tienen que implicar soberbia. Autoseguridad ≠ soberbia. Crítica ≠ descalificación, etcétera.

rigor no es rigidez rigor no es rigidez

Si hubiera ido a otra ciudad las notas serían las mismas.

Plaza de la República (o La Máquina de Escribir Gigante),14 hrs: 90% turistas 10% locales
17 hrs. 70% 30%, 20 horas 40% 60%
etc.

lo malo de los malos hábitos es que el tiempo gana. iba a dejar de fumar a los 30. ¿cuándo es después?

las palabras *go home* en neón naranja dentro de un calentador de gas. pieza favorita.

para terapia: la búsqueda perpetua de la aprobación de mi padre. (el caso en restorancillo donde no me pela sino a mis hermanas menores de 24 años.)

y por dios los ataques de pánico

Internet: Via Licia esq. Alecia

Esa insistencia de que el retratado te sigue con los ojos ¡no! Sólo es una imagen performativa y a todas les pasa. Risas adecuadas: “¡El trasero de dios!” Jerga turística.

Fueron capaces de pintar el aire: Renacimiento.

(los griegos son bellos, los romanos fuertes)

No está permitido tomar fotos en la Capilla Sixtina.

1 litro de licores, 2 litros de vino, 60 ml de perfume, 250 ml de colonia, 200 cigarrillos y otros bienes siempre que su valor total no sea superior a €175,50. Cualquier cosa por encima de estos límites tiene que ser declarada a la llegada y pagar los impuestos correspondientes. En el momento de salir de Italia y de la UE , los ciudadanos que no sean de un país de la UE pueden reclamar cualquier IVA de las compras más caras. (?)

Un par de zapatos girando repetidamente en la banda del equipaje.

[Distancia focal]

La desesperación de la vista desenfocada tiene que ver con la desprotección. Es instalarse de la noche a la mañana, mejor, de la mañana a la noche, en un escenario que ya no se reconoce, junto al esfuerzo inútil por definir con gestos oculares lo que antes eran líneas finas y ahora son manchas coloreadas.

Un día comenzó a aparecer desenfocado todo lo que se denomina allá. Nunca me había fallado el enfoque —al menos fotográficamente—. Usaba de lentes los lentes de mi cámara. Durante varias semanas vi mejor a través de la cámara que en crudo. Las fotos mejoraron, aunque mi vista me presentaba un panorama idéntico al de los retratos de rostro definido sobre un fondo borroso.

Una tarde probé un par de anteojos de armazón dorado en un puesto del metro Chapultepec. Me preguntaron si eran para ver de cerca o de lejos. Me lo puse y me sentaba bien. Levanté la vista y vi, hasta allá, cada detalle de un señorcito que fumaba en el penúltimo piso de la Torre Mayor. Los compré.

Los estrené en el cine: fui a ver una película sobre niños italianos ciegos con una examiga que se rió de mis lentes "de señora". En el cine y en el teatro se puede ha-

cer una prueba de dioptrías: bastaría saber en cuál fila necesita uno sentarse para distinguir a los actores. Lo mejor de la película es la escena en que el niño protagonista nota, a través de la ventana en su nuevo cuarto de la escuela para invidentes, que sus padres se despiden: una forma informe roja (el abrigo de su madre) empequeñece junto a una bolita color carne que se balancea (una mano que le dice adiós). Me sentí satisfecha de poder mirar definido incluso un desenfoque.

Conocí a un dramaturgo que tiene una de las graduaciones más altas que haya visto. Naturalmente, se sienta en primera fila, ya por cuestiones ópticas o de revisión de la escena. Siempre lleva sucios los anteojos, aunque los limpia con esmero y un espray especial antes de empezar cada función. Estaba con él atravesando una avenida transitada cuando, dado el desgaste de varios meses de mis lentes dorados, se zafaron justo cuando cruzábamos la calle. Como no daba tiempo de agacharme a recogerlos sin arriesgar el cuerpo, les di un puntapié para que cruzaran solos.

Varias anécdotas después, el dramaturgo sentenció que tuve una actitud autodestructiva en aquel gesto con mis anteojos. Naturalmente, no dijo nada entonces, sino cuando dejaron de servir tanto los lentes como la relación. Alguien ya me había cuestionado cómo podía estar con alguien que no ve nada. Tiempo después reconocí que era cierto, no sólo optométricamente. Pero de eso ya no hablo por ser una etapa que viví como sin lentes: desenfocada en los planos importantes.

Ahora me resigno a formar parte de la cofradía de los lentudos. A mí no me iba a pasar. Durante años leí

en vehículos en movimiento, reté los flashes de los estudios de fotografía, aprendí a revelar con las manos en el cuarto oscuro y a salir a fumar bajo el sol inmediatamente después. A mí no me iba a pasar: no estaba interesada en unir intelecto a indumentaria, iba a ser más fuerte que los otros, esos que resultan tener unos ojos enormes con mirada de cachorro cuando por necesidad se retiran el armazón para limpiarlo. Tarde comprendí que al nervio óptico no lo fortalece la gimnasia.

Y aquí estoy, alimentando el lugar común de los artistas con anteojos. Uso como ventaja lo de ser miope si estoy frente al público, que sin lentes es una masa de carne enredada con ropa y algunas cabecitas. He llegado a pensar que la confianza escénica de algunos se debe a su indefinición de los planos alejados. Aquí estoy con mi marco de pasta y temores nuevos, como ese de que se rompa una pata y los lentes caigan al piso para dejarme desnuda frente a todos, como en esos sueños donde alguien sale de bañarse y en vez de baño está la ciudad y va sólo con una toalla que el aire se lleva y queda desnudo frente a todos.

[La dieta de los guardabosques]

Se había terminado todo lo que parecía un capítulo anterior de mi existencia. Iba en mi auto con todo lo que tengo a cuestas, rumbo a una ciudad nueva y un vecindario tranquilo, o eso esperaba. Los planes estaban listos: iría a vivir a una casa remodelada, con un patio trasero que daba a un bosque virgen. Tenía muchos libros que leer.

Aunque no cambiara de país, cosa que me daba mayor comodidad, habría un cambio de contexto social porque ahora iba a vivir en una zona sin puestos callejeros ni peatones, salvo las personas que mantienen el paisaje intacto, así que posiblemente en el futuro, pensaba yo en la carretera, podría ocuparme en superar dos de mis mayores miedos: las abejas y los locos.

En eso estaba mientras los anuncios de la carretera en los alrededores de la ciudad que por fin dejaba atrás cambiaban de promover nuevos conjuntos habitacionales a balnearios y spas.

Las razones de mi mudanza no son importantes. R. siempre dijo que había que pensar en futuro y no presente y esa frase, además de ciertos libros inútiles, fue lo que me había quedado de mi larga relación, mi vida de antes, donde quizá en vez de libros me hubieran gus-

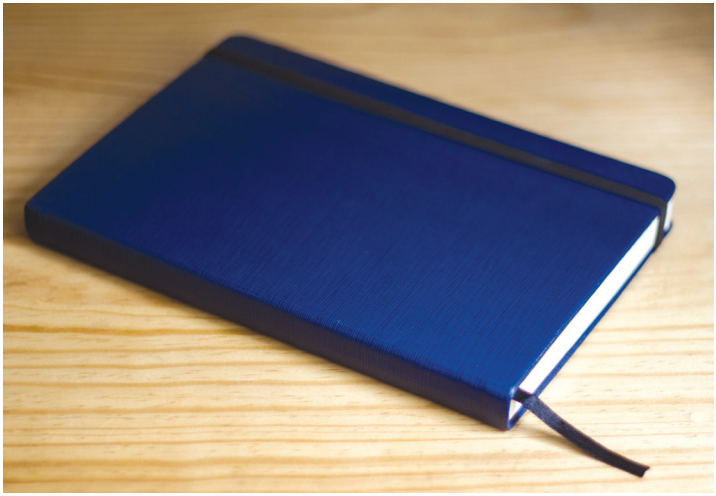
tado más paseos en bicicleta, como ahora planeaba que ocurriera en mi nueva vida.

Apenas llegué, de la zona me sorprendió lo viejo de los sauces y algo como una bruma amarilla en el aire. El vecindario estaba muy silencioso salvo por una alarma de auto que se escuchaba a lo lejos. Me comenzó a zumbar el oído derecho, como siempre que mis nervios se alteran. Quizá me había acostumbrado a una cantidad insana de decibeles y sólo era asunto de unos días para adaptarme a ese tipo de silencio que de tan intenso parece un zumbido.

Mientras desempacaba las cosas básicas que había dejado hasta arriba en la cajuela del coche, escuché llegar desde la casa el timbre de mi teléfono. Apenas había tenido tiempo para sentir esta nueva energía (ojo: no creo en las "vibras", pero sí en ciertas sensaciones inexplicables que vienen como del aire) junto con la vaga idea de que más bien algo se estaba terminando en lugar de comenzar.

Era R. para preguntar si había llegado bien. Resistí el impulso de cuestionarlo: por qué se dirigía a mí así, tan natural, si nuestra despedida había sido más bien incómoda 48 horas atrás. Entonces recordé que uno de mis objetivos con esta mudanza era estar en un nuevo nivel de tranquilidad. Expliqué que, salvo el susto de un loco que me había rebasado por la derecha de camino hacia acá, todo bien. Colgamos el teléfono de manera fría y cariñosa, si la combinación es posible. Por fin me quedé en soledad en mi nueva casa. Por la ventana el cielo se veía plateado; la alarma del auto lejano ya no sonaba.

Debía comprar los básicos para mi retiro. Así que después de una lista mental me puse ropa cómoda (lejos de casa, de mi excasa no hay por qué esforzarse demasiado en el arreglo personal. Es... neutral que te vean por primera vez personas que no conoces). Antes de irme decidí arreglar algunas cosas que dejé en el recibidor: fotos viejas, adornos, una libreta.



La dieta de los guardabosques

Allá afuera tranquiloverde. Adentro el desespero contemporáneo saliendo de la misma ventana de la casa al sonido de mis propias nostalgias (o los árboles y sus cambios de podados a morados a cortitos, como si lo que hay hoy fuera la verdad y fuera suficiente. Así este almendro (nogal, el morado) porque Así se necesita en este

momento y es lo que importa. "Pero antes era verde y hermoso." No me acuerdo, contestaría alguien.)
Sólo no puedo creer lo intenso que es en mi mente y lo constante que es allá afuera.
Me reclaman no tener el último iphone, xq creen que estoy por eso fuera del mundo y gracias a Dios, dice alguien, mi nieto (hijo) crece con toda esta tecnología "gracias a Dios no se va a quedar atrás". Tendrá siempre lo último: la duda no es si darle o no tecnología (si decidir o no que deje que las corporaciones decidan su vida pero tampoco digo nada tan rebelde), la duda estriba en qué tanto de pasto natural y qué tanto de pasto plástico darle. No es porque sea mi hijo pero sí le gira, dijeron: ya le sabe al ipad.
Y nada, pensé eso, no son malas personas nunca lo han sido, son sólo personas que están en el mundo estando. Vámonos para que estos niños Que tienen bebé descansen. Claro. Ya no es como antes y ya no soy la rara ni interesante, ya hay algo más raro e interesante: un niño (que a sus dos años maneja un ipad). Un niño-hijo que nos replique y recuerde que estamos bien produciendo y consumiendo. Quién quiere saber de neuras ajenas. Siempre hay un niño más pequeño que uno que roba la atención de los adultos. Arreglarte con el mejor vestido para una boda de día y que una abeja te pique en la mano
a la vista de todos
esa tormenta esa cosa enorme de 2011 x ejm. cuando R. estaba en Canadá y yo no podía sino ver este jardín e imaginar que no terminaba sino en un bosque largo donde al final, ya en Canadá, estaba él viendo para acá. Y yo me ponía a hablar en la ventana de frente a los árboles

diciendo en voz de conversación normal hoy pensé, hoy hice y fui y él me contaba lo propio y hoy, 25 de diciembre, navidad, pasado el tiempo me pregunto qué era lo de esta casa familiar tan significativo de no ser o haber sido que estaba de inicio en mi cabeza.
Como esas veces que llega el impulso muy intenso de soltar un monólogo sobre políticas de consumo o fotos de mis amigos ricos en Instagram o de cómo me sentía cada vez más sola rodeada de mujeres que no salían de su tormenta para ver si la niña acaso, o sobre por qué no soporto sus culpas que me heredan católicas o sobre ropa o la revista Cosmo o carreolas y kayaks o quesos añejos o la dieta de los guardabosques en las islas Caimán, cerca de Costa Rica.

(empiezo a temer que todo esté en mi cabeza)

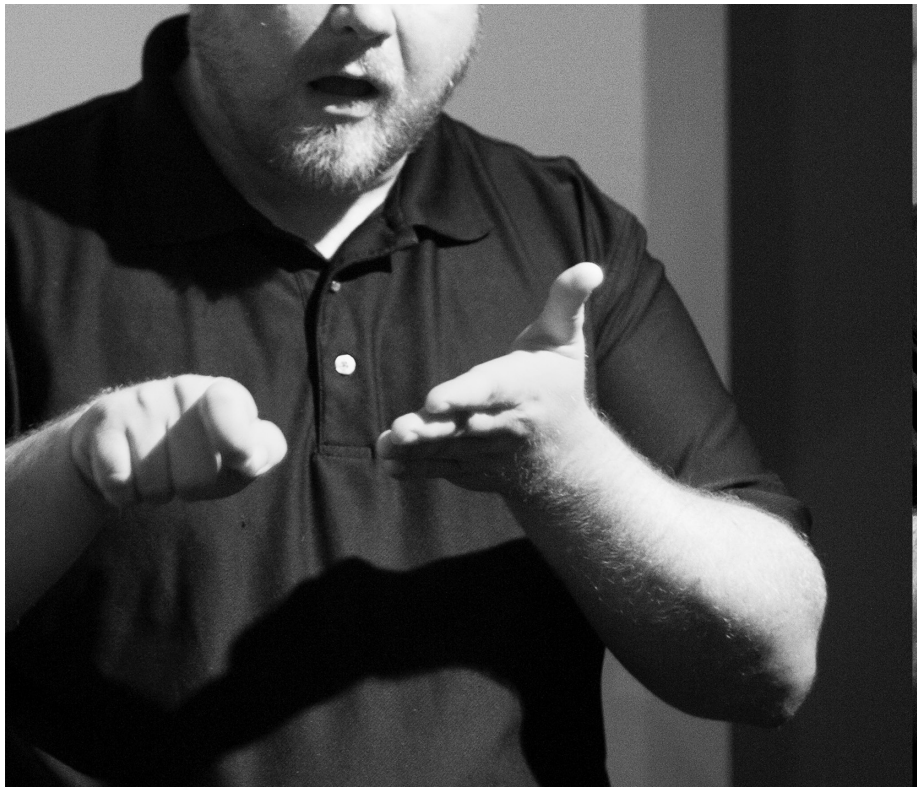
En mi familia dicen a veces "el que no tuvo y tiene, quehacer le viene", una frase muy española con la rima forzada. Hace poco heredé una modesta suma, suficiente para esta mudanza como intento de evadir lo de la clínica (el psicólogo recomendó psiquiatra, quien recomendó clínica "nada grave pero creo que te haría mucho bien pasar un tiempo en _____ ", lugar retirado donde encierran locos que claro que *politically correct* nadie llama así). Intento con esta mudanza salir por mí misma de mí misma y mis obsesiones. Uso los elementos que recuerdo de las sesiones con el psicólogo y trato de calmarme. La misma familia dice que debo calmarme porque vengo de una familia de locas. No es que "midan sus palabras" para no lastimar y en el fondo tienen razón, también es cierto que

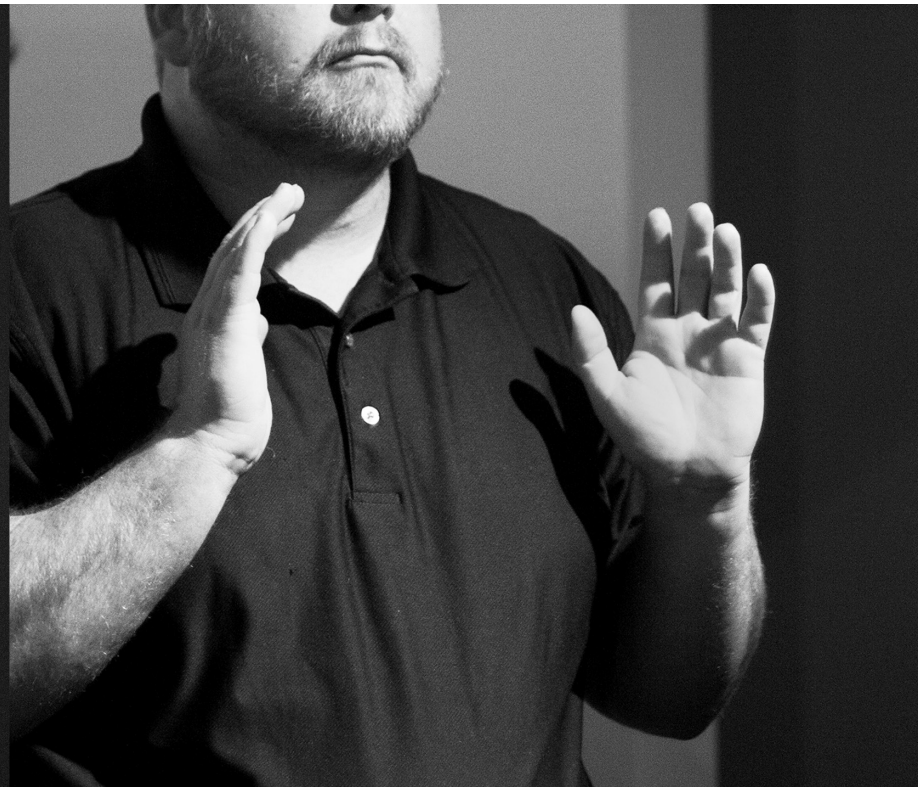
siempre me he caracterizado por un dramatismo inadecuado para recibir las críticas o los halagos.

Quizá el problema es el valor que les doy a las palabras. Las cosas son lo que significan para uno. El adjetivo "locas" es el punto, y aunque en el momento me dolió, tuve que darles la razón: las mujeres de mi familia se caracterizaban por tener ciertas sombras en la psique que se manifestaban a diario en comportamientos erráticos, como la insistencia de mi madre en aventar un puñado de sal por el hombro izquierdo cada vez que tiraba un poco sobre la mesa o el ritual de mi abuela de colocarse en la boca un cigarrillo Raleigh sin encender, siempre frente al mismo cenicero de vidrio azul cada tarde después de comer. Nada catatónico ni que asustara a los vecinos, por supuesto. Así que por eso ahora mi trabajo consiste en manejar mi miedo a las abejas y a los locos, por más que a cualquiera le desarme ver un aguijón cerca de la punta del dedo pulgar (en una boda, por ejemplo) y por más que sea desagradable que un tipo a carcajadas orine el cristal del vocho justo frente a donde yo estaba sentada. Porque (sospechosamente) se parecen en incidencia, en la mezcla de miedo con asco que causa la intromisión de algo inesperado aunque en la realidad real sea inofensivo.

Como sea, ya pasaron diez minutos y yo iba a salir a comprar básicos y algo para la cena. Comprar pan: parece que es buen ritual entrar con pan a una casa nueva. Hace rato que cerré la libreta y me prometí dejarla en la sección de lecturas pendientes. No sé qué tan buena idea sea ahora leer esos apuntes que parecen dejados para otros lectores más afilados que yo. Quizá me pierdo de algo entrelíneas.

[Speaking]





Que de hecho complicó las cosas cuando quiero hablar; que no me entendía –cuando no pedía ser entendida sino escuchada–. Que no justificaba si yo decía que no se trataba de ('tallerear') los sentimientos en las conversaciones / que insistía en que habíamos dicho otra cosa, no la original, y ahora mismo que lo repetía parecía perder sentido. Hablar de lo hablado antes no sirve porque terminamos discutiendo sobre la manera en la que uno interpretó las palabras del otro. Necesita hablar de las conversaciones porque eso es en sí una manera de conversar, dijo.

[ÓPTICA SANGUÍNEA]

Confundo los ruidos en el clóset de mi vecina como si ocurrieran en mi propio clóset, un desdoblamiento de mi habitación. Esa sensación de algo intenso que está por dejar de ser: nunca un ruido de ese tipo dura suficiente como para acostumbrarse o para lamentar su existencia. Se confunde un sonido en el clóset de mi vecina igual que la misma pared blanca de este lado y del otro, desconocido, que da al departamento contiguo. Esa pared blanca es signo de un límite más ficticio que cierto.

Golpecitos. Como de algo que es hace tiempo aunque apenas estoy por notar. Confundo sangre con grasa, por ejemplo. No es raro entonces que confunda el movimiento de pares de zapatos acomodados con invasiones a mi clóset. Sé que a muchos no les gusta hablar de estas cosas, que no digo por ser desagradable. (Este texto originalmente hablaba de la confusión de sangre con grasa como analogía de esa unión de cuarto con cuarto: "Confundo sangre con grasa desde que era un adolescente y exprimía mis granos que comenzaban por expeler un gusano de grasa blanca que poco a poco se convertía en sangre" etc., pero noté que no tenía sentido la comparación porque parecía más asentada en querer ser desagradable.)

Ciudad de México - 04/05/2011 11:13

Berlin - 16/07/2013 14:48

Entendí que esas cosas son del terreno de lo que hacemos cuando estamos solos y no comentamos con nadie. Pensé que poner estas observaciones en papel hará que adquieran una existencia menos subversiva. Aunque los ruiditos son lo que son, la sangre circula dentro con su ruido tenue, que no tenemos por qué escuchar para saber que existe. Y además no quiero ser uno de esos escritores que pretenden asustar señoras con episodios de la vida que apesta con sexo alcoholizado y otras drogas aderezadas con "malas palabras" (no existen). En *realidad* prefiero hablar de lo que ocurre en grados menores: el detalle, los intersticios. Los acercamientos sin panorama. Pero no encuentro los límites. Entre adentro y afuera, quiero decir. Entonces mi confusión de sangre con grasa se parece más a una confusión entre lo público y lo privado que a la unión de dos sustancias naturales en el cuerpo humano.

No sé si los golpecitos son en mi clóset (y no abriré la puerta para averiguarlo) u ocurren *después*. Cuando estoy en el teatro no entiendo dónde termina el escenario y dónde empiezo yo. Por eso no me puedo sentar en primera fila.

A estas conclusiones había llegado hace tres tardes cuando conversaba con un conjunto de escritores y confesé que No me interesa escribir historias donde a los personajes les pasen cosas. Hicieron la misma expresión que hubieran hecho de yo decir que confundo realidad con escenario. Lo que es más, agregué, No me interesa escribir historias. Estaba a punto de coronar mi juego lingüístico con un Incluso no me interesa escribir, pero alguien ya me había interrumpido con un manifiesto sobre la importancia de las palabras en este mundo tan beligerante.

En fin. Yo estaba contando ahora que el clóset de mi vecina se integra extrañamente al mío, que el cubo de paredes que forma su clóset tiene en una de sus caras al mío, lo que significa que es un solo espacio, pero existe este engaño de creer que uno está y vive en soledad cuando, si pudiera verse como en radiografía, notaríamos cómo vivimos amontonados y nos daría una mezcla de miedo con asco si pudiéramos ver todo eso que *subyace*.

En eso sonaba el teléfono. Un mensaje de la compañía de electricidad pidiendo el pago, y si ya se había hecho el pago hacer caso omiso a este mensaje. De eso se trata. De hacer caso omiso. Tanto así que me fui esa tarde del bar sin haber pagado mi cuenta. Se me antojó omitir. Ya había hablado demasiado en una mesa que no estaba dispuesta a escuchar mis planteamientos antitexto.

Es esa insistencia posterior al hecho, la misma que ha causado las cicatrices en mi rostro: aunque ya no haya grano insisto en rascar la costra hasta que la superficie original del grano se convierte en una huella plana y roja del doble del tamaño original, que después se hace mancha y al final una hendidura que nunca desaparece. Como si la piel se hubiera hartado de regenerarse después de ser talada. Así lo de mi escritura y mis conversaciones sobre el asunto. Dejar de hacerlo o dejar la queja o el alarde.

Llegué, comenzaron los ruiditos del clóset y me puse con esto. Que no es un cuento. Carece de conflicto, de anécdota. Si me apuran, hasta de trama. Pudo ser que me desconcentré por pensar en lo del clóset y en cómo disfrutaría escuchar el sonido de mi propia sangre corriendo por las venas. Quizá la clave sea por fin aprender a guardar silencio.

ÍNDICE

[El del viaje al pasado] 7

[Ficción del paranoico] 15

[El interleph] 23

Ataque de [teatro] pánico 43

[En lo que es ido] 53

[De la libreta romana] 59

[Distancia focal] 69

[La dieta de los guardabosques] 75

[Speaking] 83

[Óptica sanguínea] 87

Óptica sanguínea de Daniela Bojórquez Vértiz
se terminó de imprimir, mientras el mundo se volvía borroso,
en el mes de diciembre de 2014, en la ciudad de México.
El tiraje fue de dos mil ejemplares.
En la composición se utilizó la tipografía Century Schoolbook.

Más que una colección de cuentos, *Óptica sanguínea* es una pieza que combina imágenes fotográficas con texto. Hay, en cada una de estas pequeñas ficciones, un punto de vista inesperado y oblicuo, siempre a punto de perder el equilibrio. A Daniela Bojórquez le interesa explorar las nociones de borde, límite, inestabilidad. Por eso, su escritura es radicalmente distinta y plantea en todo momento tensiones frente a las convenciones de la narración. Lo mismo sucede con sus personajes: seres que deambulan en los suburbios de las neurosis contemporáneas, habitados por tics innumerables y patologías de la mirada, ellos están provistos, sin embargo, de una percepción *otra* que los vuelve acaso más agudos, más sensibles, frente al absurdo cotidiano. No es extraño que la prosa de este libro sea irónica y nerviosa, como si se tratara del sismógrafo hiperactivo de nuestra época, la máquina verbal de un mundo enrarecido.

ISBN 978-607-7534-52-5

9 786077 534525

CONACULTA
Dirección General
De Publicaciones

TUMBONA
EDICIONES